

Prólogo

GERMÁN OJEDA
Universidad de Oviedo

«El Sporting a Turín y el Oviedo a Turón». Eso es el fútbol, rivalidad, confrontación, localismo, identidad. Es una manera de jugar, unos colores, una historia, una afición. «El fútbol es la última representación sagrada de nuestra época. En el fondo es un rito, aunque también una evasión. Mientras otras representaciones sagradas, incluso la misa, están en declive, el fútbol es la única que nos queda», escribió hace tiempo Pier Paolo Pasolini.

La misa fue un invento sagrado, pero cómo se inventó el fútbol, y en concreto cómo se inventó el fútbol en Gijón; cómo fue su natalicio, su evolución, su implantación y su desarrollo, es la investigación convertida en libro por el cronista oficial de Gijón, Luis Miguel Piñera, un escritor gijonés y «gijonudo» que a lo largo de los años ha ido estudiando al detalle la vida de Gijón, la vida de las sociedades culturales, la vida de los centros obreros, la vida de las agrupaciones sociales de una población que gracias al mar y gracias al carbón, gracias al gran ilustrado Jovellanos y al espacio portuario, se transformó a lo largo del siglo XIX en una villa nueva, una ciudad industrial, una ciudad abierta, una ciudad obrera.

En efecto, el Gijón contemporáneo es hijo del gran Jovino, y además —digámoslo así— de dos «emes», la «m» de minería y la de marinería, es hija del carbón que bajaba de las cuencas a Gijón y del mar que lo llevaba por los puertos de España. Ese carbón y ese puerto transformaron una pequeña villa costera ubicada detrás de un promontorio marítimo llamado Cimadevilla en una ciudad fabril, en un centro obrero, en una de las capitales españolas de la revolución industrial.

Después que Jovellanos afirmara que «donde hay carbón hay de todo», desde que él mismo levantara el gran Instituto de Náutica y Mineralogía y proyectase la carretera propiamente llamada carbonera a finales del siglo XVIII, Gijón se fue transformando en un importante enclave industrial que atrajo a cientos de jornaleros de las Asturias y de las Españas, que dio trabajo y oportunidades a empresarios de todas partes, del País Vasco, de Cataluña y hasta de Noruega, como por ejemplo Magnus Blikstad. Gijón estaba llamada a ser, en palabras del histórico Pablo Iglesias, «el nuevo Londres español».

Fue una revolución industrial, la primera, que transformó la villa, construyó ciudad y generó trabajo y emprendimiento. Fue también una revolución social donde

miles de inmigrantes de todas partes aprendieron nuevos oficios, se asociaron y se transformaron en «obreros conscientes», por emplear la expresión del gran historiador Eric Hobsbawm.

Nació un Gijón de la clase obrera, que además de trabajar quería vivir. Quería higienizarse después de tanto esfuerzo laboral, quería socializarse después de tanto desarraigo, quería culturizarse después de tanta ignorancia. Fue también, en efecto, un tiempo de revolución social, de una nueva vida, donde los obreros juntaron sus sueños y aprendieron a leer (en ateneos), aprendieron a protegerse (en sindicatos) y hasta aprendieron a divertirse (en juegos de pelota como el fútbol), pues organizaciones socioculturales como la llamada «Cultura e Higiene» promovieron equipos de fútbol en distintos barrios de la ciudad.

Esa gran transformación gijonesa, esa revolución social, fue fotografiada por artistas como Constantino Suárez, fue contada por periódicos como *El Noroeste* y *El Comercio*, pero sobre todo fue vivida en primera persona por la clase trabajadora participando en asociaciones populares y círculos obreros y culturales, un movimiento asociativo extraordinario que transformó el paisaje social de la nueva ciudad: popular, asociativa y también deportiva.

Pues bien, este salto delante de la clase obrera gijonesa fue estudiado e investigado a fondo —junto con la gran transformación de espacios urbanos como el Humedal y Laviada— por el gran erudito Luis Miguel Piñera, investigaciones que después serían publicadas por la editorial gijonesa Trea en libros titulados *Historia social de Gijón* y *La Asociación Popular de Cultura e Higiene de Gijón (1903-1937)*.

Estas obras son imprescindibles para conocer la historia popular, social, económica y también política del Gijón contemporáneo. En sus páginas se cuentan al detalle la vida y milagros de los distintos ateneos obreros y los centros culturales, las actividades que impulsaron, las bibliotecas circulantes que crearon, las conferencias políticas o antitaurinas que escucharon y en definitiva del notable impulso que dieron a la cultura popular del nuevo Gijón obrero e industrial.

En este último libro de Piñera —sobre el fútbol en Gijón— el protagonismo es también de los jugadores, de los deportistas, de los directivos y en definitiva de la gente que impulsó el fútbol en la ciudad. En su obra se suceden los deportistas con nombres y apellidos porque nuestro autor cree que más allá de los grupos sociales, la gente particular merece ser recordada, que cada vida merece un reconocimiento pues la memoria histórica colectiva pero también individual dignifica a los pueblos.

El fútbol fue primero un deporte burgués, elitista y hasta clasista. Fue después un juego popular y obrero, luego una actividad deportiva, societaria y profesional, para acabar siendo —ahora— una enorme empresa mercantilizada, un gran negocio capitalista, que compra y vende futbolistas, partidos y eventos en todo el mundo.

El fútbol es hoy la actividad deportiva que más pasiones, más recursos y más dinero mueve en el planeta, es la expresión más vista del deporte profesional, es un negocio que vive del valor de la mercancía —los jugadores—, del peso deportivo de los clubs, de fabricar imágenes para el consumo televisivo, y es también una gran

herramienta política para el lavado de cara de los gobiernos y de los estados, como acabamos de ver en el mundial de Qatar.

Más aún, este invento extraordinario no ha nacido ni del talento de un investigador, ni de la audacia de un empresario, ni siquiera de la genialidad olímpica de un atleta visionario de la antigua Grecia.

Como es sabido el fútbol nació en Inglaterra, en colegios elitistas británicos, y en realidad es un deporte joven —tiene poco más de un siglo de vida— pero pronto se extendió por todo el mundo a la velocidad del colonialismo británico, pues los ingleses llevaron el juego del balompié a sus colonias mientras recogían por todas partes las riquezas naturales para llevarlas a la metrópoli. Como cuenta Piñera, en nuestro país «el fútbol nació como un deporte burgués practicado por hijos de la clase *bien* que imitaban el estilo de vida inglés, o bien por la presencia extranjera en determinados rincones de nuestra geografía, como los ingleses asentados en las minas de Riotinto en Huelva».

En Gijón la historia fue la misma y empieza en el colegio de los jesuitas de la villa. Piñera lo documenta reproduciendo un párrafo de Alfonso Camín en su libro *Entre manzanos*: «Yo había visto por primera vez en 1900», escribe Camín, «jugar al fútbol acompañados de los curas a muchachos ricos que estudiaban en el colegio de los jesuitas en la cuesta de Ceares».

En Gijón comienza un nuevo siglo y comienza el balompié informal. Esos jóvenes gijoneses que en algún caso habían estudiado en Inglaterra, que se apellidaban Adaro, Alvargonzález, Bertrand, de la Riva, etc, se enfrentaron en el verano de 1903 «con jóvenes de la capital» resultando —dice la prensa— «el match sumamente entretenido para los espectadores, entre los que se contaban distinguidas señoritas de nuestra buena sociedad».

La buena sociedad eran ellos, el resto eran algunos lugareños y los miles de inmigrantes, trabajadores y obreros de las fábricas y de los talleres que en el cambio de siglo empezaban a llegar a Gijón, empezaban a participar como dijimos en actividades societarias, culturales y también deportivas como el fútbol, un fútbol de barrios que se jugaba en espacios próximos a sus talleres, como el llamado «Prau Redondo», donde como escribe Piñera, «se consolidaban amistades, se cohesionaban vecinos y se organizaban colectividades».

No solo eso, el fútbol popular fue generalizándose entre la clase obrera gijonesa a lo largo de las primeras décadas del siglo xx, entre otras cosas, porque jugar era fácil y barato y porque además se parecía al trabajo fabril, pues como señala nuestro autor «la cultura obrera en el deporte estaba basada en la solidaridad, casi como una fábrica: ayuda mutua, división del trabajo y con cada elemento del equipo sabiendo qué hacer».

Fútbol industrial, fútbol obrero, fútbol barrial, fútbol popular, el balompié se extiende por Gijón a lo largo de las primeras décadas del siglo, mientras en 1905 se crea el Sporting y en 1917 se inaugura el estadio de El Molinón, hasta su «eclosión» en la segunda república, donde las mujeres empiezan a jugar al fútbol y la

clase obrera se hace dueña de un deporte de origen elitista y burgués que ahora es de todos. Una revolución.

Después vendría la guerra, la cárcel, la muerte o el exilio, y algunos jugadores, pioneros profesionales, fueron republicanos que se embarcaron a México y se integraron allí en un equipo llamado Asturias que llegó a ganar un campeonato nacional.

Y de México a México, lo último importante que sabemos del fútbol gijonés es del Sporting. Sabemos, gracias a un despliegue extraordinario de los medios locales, que el gran equipo de la ciudad, después de ser primero de los aficionados, y después de los socios, y después de ser privatizado, fue vendido por los herederos del dueño gijonés José Fernández a una empresa deportiva mexicana. Una empresa que aterrizó en Gijón, evaluó el precio de los jugadores, el valor de los terrenos de entrenamiento y las oportunidades urbanísticas en torno al estadio de El Molinón, dejando claro a los sportinguistas, a los aficionados, a los obreros y a todos los gijoneses, que el Sporting era un negocio, era una inversión, un pelotazo.

Del «Prau Redondo» al negocio redondo, la misa laica sigue multiplicando sus feligreses, se internacionaliza y se hace más global.